

EL TUMULTO

Mauricio B.



Capítulo 1

El tumulto

Ese sonido extraño que invadía sus oídos comenzaba a abandonarlo. La luz blanca y enceguecedora se hacía difusa, poco a poco recobraba la visión aunque seguía sintiéndose pasmado. Inspeccionó su cuerpo con la vista, se sentía extraño, y se vio desprovisto de ropas. Frente a él varias personas se concentraban en un círculo. Sintió pudor y se escondió tras un paraíso que orlaba la avenida. Desde allí continuó observando desconfiadamente el ambiente, receloso.

Todo el que transitaba por allí se adhería al grupo, invadido por algún fenómeno de atracción morbosa. Nadie lo observó ni se percató de que se hallaba desnudo. Y comenzó a acostumbrarse a la situación. Aunque le era extraño que no advirtiesen que impudicamente ostentaba su cuerpo. Entonces rió y se dejó llevar por el juego.

¿Qué más daba?, comenzaba a ser de menor importancia. Ni siquiera sabía adónde estaba, ni recordaba qué sucesos lo aventuraron a ese sitio. La memoria le jugaba un ardid, el de haberse marchado, de borrarse o ponerse en blanco.

Un dolor lo ensordecía, iba desde la nuca hacia el rostro. Le ardía como si los sesos le hirvieran. Recorrió la bóveda craneana con sus manos intentando descubrir alguna anomalía, más no halló nada. El sabor a sangre que brotaba de sus encías lo disgustaba. Frotó su lengua con un dedo y lo olió, lo llevó a los ojos, lo observó. Nada. No expelía saliva, ni su dedo desprendía el tenue sabor a carne. Se sintió inerte, insípido. Y eso sí comenzaba a ser preocupante.

Dos señoras pitucas con un perro cusquito se salieron de la rueda. Caminaron hacia él aterradas. Una pareció mirarlo, aunque él no estaba seguro de eso. De ser así habría visto su desnudez y gritado. En realidad lo ignoraron. Lo traspasaron desobedeciendo la ley física, le pareció imposible aquello. El sitio donde se haya un cuerpo no puede ser ocupado simultáneamente. Aunque la alimaña sí lo miró a los ojos, y al instante comenzó a ladrarle con insistencia, mientras la doña intentaba calmarlo en vano.

—¡Maleducadas! —les dijo. Y retomó el paso sin escuchar retruque. Parecen autómatas, pensó. Ya no responden ni a los insultos, como si estuvieran acostumbradas a ellos. ¿Qué sentido tiene vivir así, aislados en sus cuerpos, sin responder a los estímulos que los invaden desde afuera? ¡Autistas! Mejor es la muerte, al menos, el desgarramiento de la piel les

liberaría el alma. Y sonrió.

—¡Tonto! —Se dijo a sí mismo— siempre es mejor vivir, aunque no sea más que respirar entre esquizofrénicos —Pensó y se llevó la mano al pecho para corroborar los latidos.

A lo lejos, el perro le ladraba histéricamente. Y no dejó de hacerlo durante un momento que fue eterno. Lo miraba fijo, le gruñía ostentando los colmillos.

—¡A la cucha, perro! —le gritó lanzando una mirada inquisidora. La alimaña tironeó la cuerda, horripilada. Y se escudó tras su dueña para retomar la seguidilla de ladridos, ahora más agudos y asustadizos.

Entonces notó que un hombre también desnudo lo tenía en la mira. Caminaba volátil entre las personas y cada tanto lo miraba de reojo. Ahora que él lo observaba detenidamente, su rostro le era familiar. Pero ¿De dónde? No podía recordarlo. No podía acordarse de nada. Y si no recordaba su propio nombre, menos el de ese rostro que cada tanto le echaba una ojeada. El tipo se tocaba la nariz, hurgaba en ella con nervios y se miraba los dedos repetidamente, como en un tic gestual e insidioso.

La gente se agrupaba en un círculo que minuto a minuto crecía hasta formar una bola de personas aglutinadas concéntricamente. Ya eran decenas, se agolpaban, estiraban el cuello, se erguían sobre las puntas de sus pies mirando hacia el centro. Hablaban entre ellas sin caer en la cuenta de aquellos dos, que impunemente caminaban en plena desnudez, a plena luz del día.

Se acercó al tumulto y comenzó a empujar de igual forma que todos, aunque el sentido común se lo prohibiese, hacia el foco. Traspasando a las personas, refutando del mismo modo la ley de los cuerpos y llegó sin ningún esfuerzo.

Por fin advirtió un claro entre la gente, un círculo casi vacío.

Sobre el asfalto yacía un óbito tendido. Con las fauces desmembradas, bañadas en coágulos. El cráneo desarticulado exhibía un hueco que exteriorizaba a las meninges. El cerebro expuesto, apático, no controlaba la sangre brotada de las vascularizaciones rotas.

Un charco fluido y espeso se entremezclaba con el agua servida de la alcantarilla lindante, desembocando en un río rojo que moría metros allá en la bocacalle.

Absorto, quedó mirándose. Otra vez llevó el dedo a la boca, intentado concebir qué pasaba. El sabor a sangre lo asqueaba. Lo olió. Lo observó. Se sintió insípido, interte. Indolente.